

fe de la palabra humana. Y esta confianza es necesaria, mayormente en la vida práctica, pues ¿qué sería sin ella el individuo y la sociedad? Véase al ilustre Doctor de la Iglesia, San Agustín, discurrendo sobre la utilidad de creer.

11. Y, á pesar de estar cerrado con velo impenetrable el misterio, de tal suerte que fuera vana y estéril pretensión querer descorrer ese velo sagrado y contemplar en su propia claridad la verdad escondida, puede, no obstante, iluminarse el misterio á favor de pruebas racionales, basadas, si se quiere, en hechos ó verdades sobrenaturales, pero conocidos con certeza. Y hay, como sabéis, una ciencia de los misterios revelados, como la hay de los misterios de la naturaleza. Al lado de la filosofía, y mucho más alto que ella, se levanta majestuoso, imponente, el edificio de la sagrada Teología. ¡Qué ráfagas de luz no arrojan sus razonamientos sobre las más oscuras verdades de la fe! Guiado por el sublime ingenio de Hipona y por la insigne lumbrera de la Iglesia, el Sol de Aquino, ¡hasta dónde no ha podido penetrar el humano ingenio en ese oscuro laberinto de la Revelación sobrenatural! Y, ya que, según la doctrina del Apóstol¹, nuestro asenso á la palabra de Dios ha de ser razonable, bien podemos afianzar nuestras creencias con tal peso de argumentos racionales, que las pongamos fuera del alcance del sofisma embaucador y de la negación descarada. El misterio no dejará de serlo nunca, pero podrá hacerse creíble, esto es, aceptable á la razón.

Digamos, pues, con el Salmista: *Credidi*²: ¡Sí, yo creo! Creo en el misterio, aunque sólo me ofrezca una

¹ Rom. 12, 1.

² Ps. 65, 1.

verdad oculta entre sombras luminosas. Creo en el milagro, aunque deslumbré y ciegue con su brillo extraordinario los ojos enfermizos de la débil razón. Creo porque sé muy bien de donde emana mi creencia, en quién se apoya, y adónde me eleva como escala apoyada en la tierra, pero que toca en el cielo. Sé que mi fe viene de Dios, Verdad suma y esencialmente comunicable, apóyase en su palabra infalible y me conduce á la posesión de la suma Bondad en alas de la esperanza cristiana. Por la media luz de la fe¹ me prometo llegar algún día al reino de la luz, á la visión de Dios, en la eterna bienaventuranza. Así sea.

PLÁTICA PANEGÍRICO-MORAL PARA LA FIESTA DE SAN JOSÉ,

PATRONO DE LA CONGREGACIÓN DE LA BUENA MUERTE,
EN BOGOTÁ.

San José, baluarte de la fe de Colombia.

Protector potentiae, firmamentum virtutis.
(Él es) poderoso protector y fuerte apoyo.
Eccli. 34, 19.

1. Después de los magníficos elogios tributados durante todo el septenario y en la fiesta hoy celebrada, al gloriosísimo Patriarca, por la voz de valientes y piadosos oradores, ¿á qué propósito insistir, carísimos oyentes, en la predicación de las glorias incomparables de José, el santo y digno esposo de María? Si algo debiese yo añadir para colmo de sus alabanzas, para engastar alguna joya más en las que adornan su real corona, sería haceros ver que la grandeza de su dignidad no

¹ 2 Petr. 1, 19.

excede á la excelencia de sus virtudes ni á la celsitud de sus méritos, diciendo con la Iglesia: *Te, Ioseph, celebrent agmina cœlitum ... Qui clarus meritis iunctus es inclytæ ... Virgini*¹. Detendríame gustoso á bosquejar en la amable figura del justo por antonomasia, el modelo acabado de la perfección cristiana, á fin de que los fieles de todas condiciones, y especialmente los miembros de su ilustre Congregación aquí establecida, aprendiesen los secretos de santificación que deben conducirlos al término de la vida sobrenatural, á la vida bienaventurada: *Ut tandem liceat nos tibi perpetim Gratum promere canticum*². ¡Qué cuadro resultaría tan vistoso, el de las grandes y delicadas virtudes de José! Y, al mismo tiempo, ¡qué lección más provechosa para toda clase de personas! Mas, ya que esto no me sea posible ejecutar en los cortos momentos de que dispongo, y toda vez que en los días precedentes he procurado demostraros, á la luz de la heroica y admirable fe del Patriarca fidelísimo³, la alteza de este don de la fe divina que del cielo recibimos, y señalaros sus enemigos capitales, el orgullo, la sensualidad y la codicia, y descubriros, finalmente, los peligros que la rodean; voy esta tarde á proponeros en la devoción y protección del mismo Santo el escudo inexpugnable de la fe de Colombia, y la salvaguardia del don precioso que felizmente ha conservado hasta hoy incólume esta católica nación.

Sí, señores, yo me atrevo á augurar para esta República días de prosperidad verdadera, merced á la conservación de la fe cristiana en todo su vigor y

¹ Hymn. Eccl. in fest. S. Ios.

² Ibid.

³ Vir fidelis multum laudabitur (Prov. 28, 20).

pureza, mediante el culto acendrado que tributa á San José, no menos que en virtud de la singular protección que del Santo ha merecido. San José, baluarte de la fe de Colombia: he aquí el asunto de esta breve conferencia, enderezada principalmente á reanimar el celo fervoroso de los distinguidos socios de la Congregación. De nuestro santo patrono podemos afirmar que es *protector potentia, firmamentum virtutis*. Escuchadme atentamente, y hallaréis exacto mi pensamiento.

I.

2. ¡Qué espectáculo tan bello, y, por lo mismo, tan consolador para el corazón del creyente, el que nos ofrece el día de hoy la joven República de Colombia, aun en medio de los trastornos que la azotan y de las azarasas vicisitudes por que todavía atraviesa, al cabo de ochenta años de vida política propia!

La esplendorosa y pura luz de la verdadera religión brilla todavía sin sombra en su horizonte, y del un extremo al otro del vasto territorio sombreado por el pabellón colombiano, se difunden los rayos de su ardorosa y acrisolada piedad. El Corazón sacratísimo de Jesucristo, reconocido y adorado en todas partes con un fervor insólito y entusiasta, como el trono animado de la divinidad y la fuente de la salvación y de todo bienestar, así en el tiempo como en la eternidad, así en la sociedad como en la familia, ha tomado posesión, á lo que puede creerse, de su favorecida Colombia, y no la dejará perecer entre las garras del espíritu de incredulidad que aprisiona el día de hoy á casi todas las naciones del antiguo y del nuevo Continente. Colombia adora y proclama en el Corazón de Jesús al soberano Legislador y Rey de las naciones. De esperar es que

Jesús llegue á reinar con absoluto imperio en toda esta República, salvándola del yugo ominoso del naturalismo. De ese foco de piedad cristiana, del culto del Corazón del Salvador, dimanan como rayos luminosos, tantas otras demostraciones de religioso fervor en orden á los augustos objetos que, después de Cristo, adora y venera la Iglesia católica, y principalmente con relación á las personas sacratísimas que con Jesús componen la Trinidad de la tierra, como asisten con Jesús en el cielo, la Virgen María y el Patriarca José.

Véase, en efecto, cómo pone de relieve esta católica nación, aun en medio de tremendas crisis, su aquilatada devoción al gran Patriarca, á quien ha escogido por patrono.

3. Mirad, oyentes míos, cómo le honra en todas partes con la magnificencia de sus cultos; cómo le adora en sus espléndidos altares; cómo le invoca en sus afanes; cómo le ama con cariño de hija muy mimada; cómo desea agradecerle y hacerse más digna cada día de merecer sus favores. Mirad el culto público que se tributa el día de hoy al bendito San José en todos los pueblos y ciudades de la provincia eclesiástica que tiene por cabeza la arquidiócesis de Bogotá. Fuera de los templos, el descanso y cesación del trabajo diario están diciendo el profundo acatamiento que merece á todas las clases y condiciones sociales el gran día consagrado á la fiesta principal del Santo, mayormente después que el Supremo Jerarca de la Iglesia lo declaró día de guarda, á petición del Metropolitano de Colombia. Dentro de nuestras iglesias, grandes y pequeñas, capillas ó basílicas, ¿quién es capaz de describir la pompa de las solemnidades con que en este mismo día y á las mismas horas, se ha celebrado en once catedrales y

centenares de templos la festividad del amadísimo Padre del pueblo cristiano? ¡Qué nubes de incienso han perfumado las sagradas naves! ¡qué tesoros de fragantes flores y profusión de luces han brillado en los altares! ¡qué conciertos de religiosa armonía han henchido de santo regocijo los oídos y los corazones de las masas de creyentes! ¡qué acentos de sagrada elocuencia han resonado hoy mismo, así en los marmóreos púlpitos de las capitales como en las humildes cátedras de las aldeas, en honra y gloria del Patriarca venerado en este hermoso suelo por cinco millones de católicos! Pero, sobre todo, ¡qué centenares de sacrificios de la santa Víctima inmolada sin sangre en cien altares para glorificar á la Trinidad inefable y santísima, fuente y origen de todas las glorias de José! ¡Qué cultos, pues, han resultado tan espléndidos! No hay duda sino que Colombia ha heredado la devoción de España, su infortunada madre, y puede rivalizar en amor á San José con cualquiera de sus hermanas las repúblicas hispano-americanas, que á porfía se muestran adoradoras entusiastas del Santo más popular de las Américas.

4. Y cuenta, amados fieles, que el culto de un día es el de todos los días, es la expresión constante de la devoción hondamente arraigada con todo pecho colombiano para con el gran Patriarca, refugio universal y amparo cierto en todas las necesidades, ya sean de carácter público, ya de índole privada. ¿Á quién acuden todos los días esas pobres almas agobiadas por el dolor y la miseria, ó amagadas por el golpe de una certera desgracia? ¿en quién, después de Jesús y María, buscan el alivio y el socorro? ¿á quién otro confían el secreto de sus lágrimas y la causa de sus penas? ¿No es el amable y bondadosísimo José el refugio universal de des-

graciados? Por dondequiera encontraréis su imagen, no sólo en los sitios destinados al culto, sino en los oratorios domésticos, donde las familias cristianas se recogen á orar todas las noches, en la alcoba y el escritorio, en la elegante recámara del rico y en la estrecha habitación del pobre, en la ciudad y en el campo: José es el huésped obligado de todas las casas, el amigo y dueño de todas las familias. De todos los puntos de la República se alza el himno de alabanza ó el clamor del ruego que sube en busca de José, cual si resonara continuamente en todos los oídos el *Ite ad Ioseph*, de Faraón, repetido por mensajeros del cielo.

La práctica de honrar á San José con la meditación de sus siete dolores y gozos durante siete domingos consecutivos, práctica aprobada y enriquecida por la Sede Apostólica con numerosas indulgencias, no menos que por el cielo con singulares gracias, ha echado tan hondas raíces en este católico suelo, que son muy pocas las personas que no la conocen por sí mismas. En Bogotá y en casi todas las poblaciones de Colombia acostúmbrase honrar al Patriarca todos los meses, el día diez y nueve, señalado por la piedad universal, con devotas preces, Misas solemnes y numerosas comuniones. Omíto hacer mención de otras mil maneras de obsequiar é invocar á nuestro Santo, ya en público ya en el secreto de la devoción particular, tan generalizadas en este país esencialmente josefino por lo mismo que es netamente católico. Una palabra sí debo á la respetable Congregación aquí erigida.

5. Sabido es, amados fieles, cuánto contribuyen al sostenimiento y desarrollo de toda buena idea las sociedades llamadas Congregaciones, ora se trate de promover el culto del Señor y de sus santos con piadosos

ejercicios, ora de atender eficazmente al alivio y socorro de las ajenas miserias, ora, en fin, de consultar á la santificación propia, teniendo siempre por blanco supremo la gloria de Dios y la salud eterna. La unión, como suele decirse, produce la fuerza; y la reunión de algunas personas en el nombre de Jesucristo, esto es, con el objeto de procurarle gloria, tiene vinculada solemne promesa de asistencia divina. *Donde dos ó tres se hallan congregados en mi nombre*, dice Jesucristo, *allí me hallo yo en medio de ellos*¹. ¿De qué no será capaz una reunión numerosa de cristianos presidida por el mismo Jesucristo? He aquí el pensamiento que debió de estimular á una multitud de fieles de esta capital, devotísimos del bienaventurado José, para organizarse en formal Congregación con el primordial objeto de ensanchar la práctica de esa misma devoción, á fin de obtener, juntamente con mayor abundancia de medios exteriores de santificación, la afluencia de los celestiales favores que, como de rica fuente, dimanaban de las manos piadosas de José. Tal es el origen de la numerosa y respetable Congregación que, distribuída para su mejor dirección en varias secciones, cuenta entre sus miembros á señoras de alto rango, caballeros distinguidos, hombres y mujeres de toda edad y condición, que, como brillante escuadrón de la milicia de Cristo, estrechan cada día más sus filas para combatir, al lado de otros cuerpos militantes, por la santa causa de la fe. ¡Valor, pues, amados congregantes! Plegue á Dios que, al terminar vuestra carrera, y puestos ya en el supremo trance de la vida, protegidos por José, podáis asegurar como el Apóstol: *Bonum certamen certavi... fidem*

¹ Matth. 18, 20.

*servavi*¹. No desmayéis en vuestros santos propósitos, toda vez que contáis con tan alta protección, con las bendiciones de la Santa Sede y con el aplauso de todos los buenos.

6. Pero ya es tiempo de que veamos lo que esta imponente popularidad religiosa del santo Patriarca debe dar por resultado práctico, indefectible, en beneficio de los fieles y en provecho de la fe. Helo aquí en dos palabras, carísimos oyentes. Un pueblo tan amartelado de José no puede llegar á ser incrédulo, no será nunca prevaricador. Ni José lo había de consentir, ni la fuerza misma de las cosas lo permitiría. En efecto, desde que quiso Dios que José fuera llamado Padre del Verbo², ¿qué otra cosa es el culto del padre estimativo de Jesús sino la adoración del mismo Jesús en los brazos de su padre? Cuando veo al caballero, á la elegante dama, á la mujer piadosa, al niño inocente, al devoto anciano, prosternados todos en tropel ante la imagen del venerado Patriarca en actitud de contemplar con inefable ternura al Niño-Dios posado en su regazo, ¡cómo se complace el alma contemplando á toda una sociedad, representada por individuos de sus diversas clases, que rinde adoración al Verbo humanado, al Hijo unigénito del Padre, al verdadero Dios³, en unidad de sentimientos de fe y amor con San José, el cual no parece que hace otra cosa sino presentar al Niño á nuestras adoraciones, como diciéndonos: *Venite, adoremus*: «¡Venid, hombres, adorad conmigo y en el trono de mis brazos á vuestro Redentor!» Eso hizo en Belén

¹ 2 Tim. 4, 7.

² Voluitque Verbi te Patrem dici (Eccl. in off. S. Ios.).

³ Deum verum de Deo vero (Eccl. in symb. Constant.).

el santo esposo de María, eso continúa haciendo siempre: *In Redemptorem ... aspicias gaudens, humilisque natum Numen adoras*¹. ¿Osaría, por ventura, acercarse á José, entre el grupo de devotos, el impío disfrazado con careta de católico? ¿Tendría atrevimiento para idolatrar, doblando las rodillas ante la imagen del Dios en quien no cree en su corazón? ¡Imposible! El devoto de San José tiene que ser lo que parece, sincero adorador de Cristo. Ni vendrá jamás el incrédulo á burlarse del Niño en los brazos del anciano. Preciso sería confundir la verdadera y esclarecida piedad con la mísera y ciega superstición (que no tiene cabida entre vosotros), para no reconocer y confesar que la devoción á San José cede toda en aumento de la piedad cristiana, y aviva el fuego de la fe religiosa, inextinguible en el pecho inflamado por el amor al bendito Patriarca.

Así también deduzco del tierno amor que, á fuer de hija tan amante como amada, profesa Colombia á su padre San José, que ha de guardar incólume, entera y floreciente la fe de sus mayores, á despecho de los furiosos huracanes que rugen en torno de ella, amenazándola con hundirla en el abismo de la incredulidad contemporánea.

7. ¡Vano empeño, hermanos míos! Porque ¿cómo amar de veras al varón santo, al amigo celestial, al Padre y Patrono, y no tratar de ganarle el corazón, de merecer sus favores, imitando en el grado posible sus virtudes? No puedo resolverme á creer que la devoción de los hijos de Colombia al Patriarca San José sea puramente exterior, postiza y de apariencia, sin

¹ Eccl. in off. S. Ios.

que penetre en lo interior del alma, sin que llegue hasta el fondo del espíritu, que es la región donde se fragua la genuina adoración cristiana, según aquello del Salvador: *En espíritu y verdad se le debe adorar*¹. Y, dado que el amor á un personaje tan puro, tan santo, tan divino, penetre el corazón, no puede menos de encenderlo en santo anhelo de pureza y de todas las virtudes, purificándolo de la escoria de los vicios y adornándolo con los magníficos arreos de la santidad cristiana. Y ahí tenéis la fe, la fe práctica, robusta y fecunda en buenas obras, como fruto natural y bien sazonado de la verdadera devoción á nuestro querido Santo. Por su influjo suave, pero eficazmente santificador, veránse entre nosotros florecer más de día en día las virtudes propias de cada uno de los estados y condiciones de la vida, como otras tantas flores de celestial fragancia en el jardín de la Iglesia, como frutos exquisitos de honor y dignidad. Por el culto de José conservará su blancura y lozanía inmarcesible la azucena del candor en el alma del niño, y su perfume el lirio de virginal pureza en el corazón de la doncella: el joven será espejo de moderación dentro y fuera del hogar, en el templo y en la escuela; la virgen, dechado de piedad, modestia y compostura, hará las delicias de sus padres y el consuelo de la Iglesia. La fe, alimentada y desarrollada al calor de la devoción al padre putativo del Salvador y casto esposo de María, formará las esposas modelos, las madres abnegadas, los esposos cristianos, los virtuosos padres de familia, los domésticos humildes, fieles y contentos con su suerte, los buenos ciudadanos, los grandes caracteres, las fa-

¹ Io. 4, 24.

milias felices y hasta las naciones florecientes por el imperio de la justicia y de la caridad, dos frutos legítimos de la verdadera fe.

Y ¿qué no debe, fuera de esto, prometerse Colombia de la merecida protección de su patrono, á quien ya tanto debe por los muchos y señalados favores que á vista de ojos le dispensa? He aquí nuevo argumento en apoyo de mi proposición: el gran Patriarca será infaliblemente el baluarte de la fe entre nosotros.

II.

8. En efecto, cristianos oyentes, San José ha sido hasta el presente para esta privilegiada porción del suelo americano *protector potentiae, tegimen ardoris, umbraculum meridiani*, precisamente lo que el Señor prometió ser para su pueblo escogido¹. Y si no, mirad lo que el día de hoy está pasando sobre la haz de la tierra. Una espantosa fiebre de incredulidad se ha apoderado de un sinnúmero de almas, ardor satánico las consume, contagio maligno envenena á cuantos toca, no de otra suerte que abrasa y mata el sol del mediodía en la estación canicular. ¿Cómo ponerse á cubierto de ese fuego abrasador? ¿dónde está la sombra refrigerante y bienhechora? ¡Ahí la tienes, Colombia afortunada! José ha de ser tu sombra: *umbraculum meridiani*, como lo ha sido ya, protegiendo la fe de tus hijos, haciendo que, á pesar de la persecución encarnizada á la Iglesia, y de las arteras maniobras de la secta anticristiana para inocular veneno y más veneno en el corazón de tu pueblo y en las venas de tu pobre juventud, la masa de tu sangre no esté todavía corrom-

¹ Eccli. 34, 19.

pida, tu cuerpo esté sano, y los elementos morbosos vayan poco á poco desapareciendo, mediante la paz religiosa y el desarrollo de la poderosa vitalidad del espíritu católico. José, pues, tu celestial patrono, es la nube protectora que amortigua los ardores meridianos de la impiedad entronizada en el mundo. José no consentirá que llegue á enseñorearse también sobre tu suelo, por más desesperados esfuerzos que emplee para conseguirlo. Nada pudo la rabia sanguinaria del tirano Herodes para quitar la vida al Niño Dios encargado á la custodia de José; nada podrá tampoco la rabia de la secta, no menos sanguinaria é hipócrita que el tetrarca de Galilea, para arrancar la fe en Dios y su Iglesia del corazón del pueblo colombiano, porque tú, glorioso Patriarca, lo amparas y defiendes. ¡Ah! ¡no le niegues nunca tus favores! Tú comprendes harto mejor que nosotros, pobres ciegos, cuán precioso es ese don divino de la fe: ¿qué sería de Colombia si llegasen á perderla una gran parte de sus hijos? Tu mismo culto veríase proscrito, tus altares profanados, tus venerandas imágenes indignamente ultrajadas, lo mismo que las de tu querida Esposa y de tu Hijo benditísimo. Y ¿dejarás que tales excesos se realicen algún día? ¡Oh! no lo consentas, José bendito, por quien eres.

9. Yo me persuado, cristianos oyentes, de que, si la protección de San José, tan segura y poderosa en todas partes, como lo acreditan con voz unánime el cristianismo, la experiencia y la historia, ha de ser aquí también venero inagotable y manantial de beneficios espirituales y temporales, no será el menor de los bienes que otorgue á su favorecida Colombia el afianzamiento y la solidez de las actuales instituciones cristianas que rigen la República, merced á las cuales la Iglesia dis-

fruta de la libertad y demás prerrogativas que por derecho le corresponden, la enseñanza cristiana se desarrolla y difunde por doquiera, el orden público va echando raíces en los pueblos, la libertad, la verdadera libertad en la esfera del bien, en alianza con la justicia, florece en todas partes; la patria, en fin, va entrando, aunque á paso lento, por los caminos de la prosperidad. ¡Ah! ¡quiera el cielo conservar para Colombia tan preciados bienes! ¡quiera el cielo, por la poderosa mediación de San José, derramar torrentes de luz sobre todas las almas, á fin de que las ilusas reconozcan sus errores, las ciegas recobren la visión de las verdades sobrenaturales, y las que tienen la dicha de ver claro, los creyentes y piadosos, vean con tal claridad, que su fe se aproxime, cuanto es dable en este valle de tinieblas, á la visión beatífica de aquella morada felicísima de los vivientes y videntes! Así sea.

CONFERENCIA PANEGÍRICO-MORAL
EN LA FIESTA DE SAN ANTONIO DE PADUA
EN FAVOR DE LA OBRA DE LA SANTA INFANCIA
(predicada en Bogotá, 1900).

De fructu operum tuorum satiabitur terra.
Del fruto de tus obras se hartará la tierra.
Ps. 103, 14.

Excelentísimo Señor¹:

1. Considero no ser pequeña gloria la de un hombre á quien pueden con verdad aplicarse palabras dichas en rigor de solo Dios. Pues tal es la gloria que cabe

¹ El Delegado Apostólico, Msr. Antonio Vico, arzobispo de Filipos.